

Alejandrino Irureta.

PROFUNDA sorpresa y hondo sentimiento causó en nosotros la fatal
nueva del fallecimiento del amigo querido que, entre sus mu-
chas apreciables cualidades, contaba con la de hacerse querer de cuan-
tos tenían la fortuna de tratarle.

Irureta era un artista de corazón.

Pensionado en Roma hace ya muchos años, con unas brillantísi-
mas aptitudes, era de la generación de aquellos jóvenes pensionados
que luego han honrado a su Patria con los mágicos destellos de sus
privilegiados pinceles y que se llamaron, y aun siguen llamándose al-
gunos felizmente, Fortuny, Ferrant, Madrazo, Sorolla y Villegas, con
cuya amistad entrañable de camaradas se honraba el pobre Alejandrino.

Irureta, nacido en Tolosa, criado en Aizarna y educado para el arte
en Roma, se estableció finalmente en Donostia, donde se dedicó con
verdadero fervor al arte y a la familia, que eran sus mas caros e inten-
sos amores.

La pintura de cuadros la alternaba con la enseñanza oficial y parti-
cular, y tanto de su estudio como de su cátedra de la Escuela de Artes
y Oficios, de la que era profesor hacia veintiocho años y actualmente
Subdirector, ha sacado exelentes discípulos que honran al maestro.

Hace algunos años, en una de aquellas Exposiciones nacionales
que se celebraban en Madrid, y a las que acudían las firmas que ya no
acuden, presentó su cuadro «La Ondina», que le valió una tercera me-
dalla—las terceras de entonces valían lo que algunas primeras de des-
pués—y la adquisición del notable cuadro por el opulento banquero
Baüer.

Otras obras de Irureta adquirió el Estado, que hoy figuran en el Museo Nacional, entre ellas una notabilísima «Cabezademendigo».

El *plafond* de la gran escalinata de honor de la Diputación de Guipúzcoa, era obra suya; pero la especialidad a que se dedicó en sus últimos años era la del retrato, género dificilísimo y en el cual ha dejado muestras brillantes de su talento.

En el Museo Municipal de esta ciudad se conserva un retrato de niña, que es un verdadero prodigo, y se recuerdan con elogio entre otros muchos, los de los finados Galán y Sarasate, que bastaban por sí solos para acreditar a un artista.

Irureta era vocal de la Junta de Gobierno del Museo Municipal y presidente de la Subcomisión de Bellas Artes del mismo, cargos que desempeñó con el interés y entusiasmo que ponía en todos sus actos. Últimamente estuvo en aquel centro examinando minuciosamente la exposición de Echenagusía, a quien trató mucho en liorna.

Fué también el infortunado Irureta presidente de los Jurados de pintura, encargados de examinar los trabajos que se presentaban en los Concursos organizados por el Consistorio de Juegos Florales Euskaros.

No encontramos palabras bastante expresivas para manifestar la incansable actividad, el celo y el acierto con que cumplía tan delicada misión. El Consistorio le consideró siempre como uno de los más decididos y constantes auxiliares, en la patriótica misión confiada a aquella beneméritainstitución.

Irureta ha sido hombre muy modesto, excesivamente modesto, su carácter bondadoso hasta llegar a tímido, le ha perjudicado para medrar como lo han hecho otros sin tan relevantes méritos como él, y es que en el camino del arte—como en todos—las flores son para los audaces y las espinas para los modestos y prudentes.

Ha muerto a los 58 años de edad, y su fallecimiento ha causado general sentimiento en toda la ciudad, donde era querido de todos. Buena prueba de ello los funerales celebrados en San Vicente, en que se pusieron bien patentes las simpatías que se había captado el infortunado artista.

La EUSKAL-ERRIA, que lamenta con amarga pena la pérdida de este insigne cooperador de los trabajos del Consistorio de Juegos Florales Euskaros, dedica a la atribulada familia la expresión sentida de su profundo pesar.
